

Cooperación para el desarrollo

Introducción

EL LENGUAJE de la política está íntimamente relacionado con la política del lenguaje. Conceptos y frases que tienen un significado cognoscitivo asumen otro según los usos políticos y el contexto político al que se encuentren ligados. Este uso y abuso del lenguaje de la política en ninguna parte es tan evidente como en la arena de la relación Norte-Sur. Conceptos como “desarrollo”, “justicia” y “cooperación” con frecuencia han estado asociados con agendas ideológicas particulares y es frecuente que oscurezcan la naturaleza y el contenido de las relaciones y procesos político-económicos, en vez de iluminarlos. El abuso del lenguaje político está asociado particularmente con la dominación de los poderes imperiales sobre los países del Tercer Mundo, en especial en el mundo poscolonial, donde el control político abierto ya no es aceptable para los públicos democráticos. Un ejemplo particularmente egregio de oscurantismo político –el uso del lenguaje político para dar una imagen positiva a feos realidades– tiene que ver con la transición al capitalismo en la ex URSS. Los académicos occidentales, los periodistas y políticos describen el pillaje privado de la economía rusa por parte de inversionistas extranjeros y capitalistas de la mafia, lo cual conduce al colapso catastrófico de la economía, bajo la modalidad de “reforma económica”. Tanto el bombardeo de Boris Yeltsin al Parlamento ruso como su gobierno dictatorial y arbitrario se describieron como defensa de la “democracia”. La perversión del lenguaje político ocurre cuando las mismas víctimas son acusadas, por sus propios verdugos, de los crímenes cometidos en su contra. En esta presentación comenzamos por criticar los usos imperiales contemporáneos de los conceptos “cooperación”, “desarrollo” y “justicia”, y procedemos luego a una discusión de los mismos términos desde la perspectiva de la liberación nacional y social.

Cooperación, ¿para qué, con quién, bajo qué condiciones?

La mayor parte de las agencias europeas, norteamericanas y japonesas de ayuda extranjera –y la mayoría de las ONG de estos países– hablan de cooperación entre Norte y Sur. No obstante, la mayor parte de su “ayuda” está ligada con la compra de bienes producidos por los países donadores a precios más altos que los de mercado. Además, la “ayuda” está ligada con arreglos favorables de inversión y comercio con las TNC de los países donadores. Para que un país reciba ayuda, las TNC exigen acceso a materias primas estratégicas, libre entrada a los mercados internos y la eliminación de las regulaciones sociales. En otras palabras, cooperación significa subordinación al donador, la reproducción de las relaciones imperiales bajo otro nombre. La cooperación, en el marco de las desiguales relaciones de poder y explotación económica, simplemente refuerza y profundiza la injusticia; no representa ayuda financiera para transformar estructuras atrasadas y explotadoras. La asistencia social canalizada a través de las ONG, para paliar la pobreza, está condicionada a la aceptación de las políticas y estructuras macroeconómicas liberales. En el contexto político-económico neoliberal, la cooperación para aliviar la pobreza es en realidad la perpetuación de las condiciones que crean la pobreza. He ahí la paradoja: una mayor asistencia contra la pobreza está acompañada de mayor pobreza.

Desarrollo, ¿quién tiene qué, en dónde y cómo?

El paradigma de desarrollo neoliberal dominante está basado en la propiedad privada altamente concentrada de bienes, bancos y redes de intercambio comercial. En esa tesitura, el “desarrollo” se describe en términos del crecimiento de las exportaciones controladas por las principales corporaciones agrícolas (*agribusiness*) y manufactureras. La dislocación y la quiebra masivas de los campesinos, causada por las importaciones y la concentración de la propiedad de las tierras, se designan meramente como “costo social” o “progreso del desarrollo”. El desempleo a gran escala causado por las transferencias masivas de ganancias, pagos de intereses y regalías a bancos extranjeros se describe como un dolor temporal en el camino del progreso. Los economistas resaltan las bondades de los flujos masivos de inversión de cartera, pero pretenden ignorar la fuga de estos recursos en tiempos de crisis. El “desarrollo” es un concepto altamente clasista y tendencioso. Los indicadores utilizados para medir la tasa de crecimiento de la acumulación de capital, la actividad

comercial con el exterior y los flujos monetarios con las entidades financieras internacionales, están relacionados con el desempeño –y beneficio– de un grupo de clase gobernante muy bien definido y limitado. El uso de estadísticas agregadas para medir el “desarrollo” como el ingreso per cápita, basado en el Producto Nacional Bruto (PNB), oscurece las enormes desigualdades en las clases, regiones, grupos étnicos y de género que se subsumen en la “nación”. El énfasis de la teoría neoliberal del desarrollo en el libre mercado oscurece la naturaleza del mercado, extranjero o nacional, para el que se producen los bienes y se oculta la estructura de clases bajo la figura de consumidores. La teoría neoliberal del desarrollo no dice cosa alguna acerca de las relaciones de clase esenciales que dirigen la economía y cosechan los beneficios del desarrollo. En una palabra, el desarrollo, tal y como es definido por el neoliberalismo, es el crecimiento de la injusticia.

La justicia según el cristal con que se mira

A los ojos de las clases dominantes, la “justicia” se equipara con la libertad de comercio. Para los ideólogos neoliberales, las grandes corporaciones multinacionales del *agribusiness* deberían tener igual acceso a vender maíz en el mercado mexicano que un indígena pobre de Chiapas. “Justicia equitativa”, de acuerdo con esta idea, es que las corporaciones obtengan ganancia y los campesinos mueran de hambre. La justicia es equiparada con el “derecho” de las corporaciones privadas de comprar empresas públicas, de despedir obreros y de aumentar precios.

La privatización y la transformación de todas las relaciones en relaciones de mercado son consideradas por los defensores del libre mercado como la base para crear un “mundo competitivo” en el cual el más eficiente y competente será “justamente recompensado”. La eficiencia no se mide por el número de trabajadores productivos sino por la disminución de los costos y el incremento de las ganancias. Pero en realidad, la imagen del libre mercado sólo distorsiona burdamente el contexto institucional y las consecuencias sociales de la privatización y de las operaciones del libre mercado. Los únicos beneficiarios de la privatización, por ejemplo, son los grandes inversionistas privados que cobran tasas exorbitantes por los servicios públicos, reducen el empleo y obvian la rendición pública de cuentas en aras de supuestas decisiones estratégicas.

En pocas palabras, lo que es justicia para pocos es injusticia para muchos. Esto sugiere que no hay parámetros “universales” de justicia, o criterios universalmente aceptados para definir la cooperación y el desarrollo. Éstas son

sólo definiciones de clase; cada concepto es operacionalizado –puesto en términos concretos– de acuerdo con los intereses socioeconómicos de las clases antagonistas.

Una visión alternativa

Si comenzamos por la suposición de que el mundo, tal y como existe actualmente, ha sido definido por relaciones de antagonismo y conflicto incorporadas a la economía internacional –cada vez más polarizada–, podemos ver un conjunto alternativo de condiciones y relaciones con el que se pueda discutir la cooperación, el desarrollo y la justicia.

El registro histórico y contemporáneo de la cooperación –atendiendo a la práctica de los principales poderes imperiales, Estados Unidos, Alemania, Japón, y de las instituciones financieras internacionales– muestra cómo ésta se ha basado en la imposición de políticas que refuerzan las relaciones desiguales. La cooperación genuina está basada en la igualdad, no en la igualdad “formal” de dos “estados soberanos”, sino en la igualdad sustantiva en la que los intereses socioeconómicos estratégicos de la mayoría de los productores del Tercer Mundo se encuentran en el centro de la discusión. Salarios que permitan vivir a los trabajadores, no oportunidades de inversión para las corporaciones multinacionales; reforma de la tierra para los campesinos y producción para los pobres urbanos, y no incentivos para los *agribusiness*, se tornan en la base para la cooperación.

Pero en el nivel de las relaciones entre gobiernos, esta forma de cooperación es imposible de realizar porque los gobiernos del Norte son imperiales, cuyo concepto de cooperación es precisamente promover relaciones favorables para las ganancias corporativas; no enderezar las desigualdades producidas por las corporaciones. Por tanto, la cooperación significativa sólo puede tener lugar en el ámbito subnacional: con movimientos populares del Norte que confronten la misma explotación corporativa que los campesinos y trabajadores del Sur. La cooperación entre movimientos, sin embargo, requiere una adecuada demarcación entre “movimientos” dominados por líderes privilegiados y corruptos, y aquellos que responden a las necesidades reales de sus miembros, según sean decididas a través del ejercicio de la representación y la celebración de asambleas democráticas en las que las mujeres y las minorías raciales estén adecuadamente representadas. Frecuentemente, la cooperación internacional ha creado profesionales privilegiados en el Norte y burócratas corruptos en el Sur, todo en nombre de la “solidaridad internacional”.

¿Desarrollo?

Incluso en algunos círculos oficiales, la medida del desarrollo que utiliza PNB ha sido cuestionada. En vez de medir cantidades agregadas de bienes y servicios, los críticos han diseñado indicadores de calidad de vida, midiendo la esperanza de vida, tasas de mortalidad infantil, ingesta calórica, niveles educativos y de alfabetismo, etcétera. La elaboración de indicadores de calidad de vida es un paso adelante, pero no es suficiente. Primero que nada, los indicadores de calidad de vida no pueden entenderse como algo separado de la calidad de las relaciones sociales de producción y de la calidad de vida derivada de las relaciones estructurales entre Estado y clase social. Al diseñar indicadores de desarrollo no sólo es importante observar los resultados socioeconómicos, sino también las estructuras y procesos sociopolíticos y económicos que producen esos resultados. Esto es importante porque los resultados favorables en un momento histórico pueden ser revertidos por el arribo de un régimen distinto. El caso de la ex URSS es un buen ejemplo. Los indicadores sociales positivos en la antigua URSS, en cuanto a salud y educación, se han revertido con la ascendencia de los regímenes neoliberales. Un proceso similar ha tenido lugar en América Latina, Asia y otros lugares. El asunto es la sustentabilidad de los indicadores de la calidad de vida. La sustentabilidad está fundamentada en la naturaleza de clase del régimen político y en la manera en que éste rinde cuentas democráticamente. Observar los indicadores de calidad de vida puede darnos una “fotografía” exacta pero transitoria del desarrollo, en vez de una comprensión a largo plazo y en gran escala de la trayectoria del desarrollo y sus raíces estructurales.

Finalmente, los “indicadores de la calidad de vida” necesitan refinarse más al observar grupos específicos debido a las grandes variaciones dependiendo de la clase, género y raza. Mientras que el “promedio” de los indicadores de la calidad de vida puede mostrar mejoras sustanciales, en muchos casos las mejoras no son distribuidas de manera uniforme. Los hombres de clase media urbana en la India tienen vidas más largas y saludables que las mujeres rurales campesinas, y utilizar promedios de calidad de vida oscurece diferencias sociales fundamentales. Lo mismo puede decirse de la degradación ambiental. Diferentes clases causan las degradaciones ambientales y diferentes clases reciben los efectos adversos. Las compañías madereras deforestan los bosques y las colinas, pero son los campesinos pobres que viven en las planicies los que sufren las inundaciones.

El tema político más relevante en el debate internacional es acerca del estilo de desarrollo: “desarrollo desde abajo” frente a “desarrollo desde arriba”, y su corolario: “desarrollo desde adentro” frente a “desarrollo desde afuera”.

El tema del “desarrollo desde abajo” implica que los principales actores y beneficiarios son los productores directos, no los actuales propietarios de los medios de producción.

El tema fundamental de la justicia está basado en el principio de que la cooperación social en la producción –incorporada en la actual división social del trabajo– debería expresarse en la propiedad social de los medios de producción. El hecho de que las corporaciones imperiales europeas, estadounidenses y japonesas hayan creado redes gigantescas de productores –reuniendo en efecto a millones de trabajadores, campesinos y granjeros bajo una organización común– crea las condiciones objetivas, de la explotación compartida, para la solidaridad y la cooperación internacionales.

El desarrollo desde abajo es actualmente más factible que nunca, gracias a la expansión de las computadoras y los sistemas de información que universalizan el acceso a nuevas tecnologías y oportunidades de mercado. El elemento fundamental en el desarrollo desde abajo es la democratización del lugar de trabajo a través de consejos de trabajadores e ingenieros que atraviesen las fronteras internacionales. Los movimientos para crear el desarrollo desde abajo pretenden alcanzar los puntos estratégicos de la economía y no en simplemente establecer pequeños proyectos aislados de autoayuda con la tutela de las corporaciones neoliberales. El concepto de cooperación asume un significado nuevo y revolucionario cuando se vincula con movimientos en favor del desarrollo desde abajo, porque significa proporcionar ayuda a las luchas que no están en contra de la pobreza pero sí de las estructuras institucionales y las relaciones que producen la pobreza.

La cooperación para la transformación –revolución– reconoce que los pueblos en lucha están en el centro de la toma de decisiones y que la ayuda se dirige a fortalecer la capacidad de las clases explotadas que se organizan para establecer sus propias economías independientes y estructuras de clase igualitarias desde las que puedan crear su propio modelo de desarrollo.

El “desarrollo desde abajo”, en primera instancia, muy probablemente estará acompañado de una estrategia de “desarrollo hacia adentro”. Ello no significa autarquía sino un cambio significativo de propiedad, producción, comercio y crédito para expandir la producción de alimentos y la satisfacción de los requerimientos básicos de la población empobrecida del “mercado interno”. El comercio exterior continuará, como la cooperación internacional,

pero subordinado el desarrollo del mercado interno. Esto implica la reforma agraria y la transformación parcial de la agricultura de exportación a la producción de alimentos para el consumo local. Significa la creación de redes de comercio, comunicación y transporte que vinculen a productores complementarios (agricultores, industriales, mineros) en diferentes regiones en un mercado nacional, y no enclaves de exportación vinculados con los mercados extranjeros. La cooperación en el contexto del modelo de “desarrollo hacia adentro” involucraría la transferencia de conocimiento, tecnología y asistencia financiera para facilitar el crecimiento de las instituciones con un compromiso primario hacia la innovación local y habilidades empresariales orientadas públicamente para crear nuevos y más atractivos productos que reflejen las preferencias del consumidor.

Desarrollo “desde abajo” y “desde adentro”, sin embargo, no existen en un vacío internacional. Los esfuerzos por subvertir el modelo neoliberal e imperial de “globalización” requieren la cooperación internacional en los niveles político, económico y cultural. La historia reciente nos enseña que los experimentos con el “desarrollo desde abajo” evocan una violenta oposición, en particular de Washington, y en menor grado de Europa y Japón. Las recientes experiencias en Chile, con Allende; los sandinistas, en Nicaragua, y las previas en Cuba, sugieren que los esfuerzos de los poderes imperiales por reimponer los modelos de “desarrollo desde arriba y desde afuera” pueden resistirse a través de los movimientos populares nacionales y la cooperación internacional desde abajo. La cooperación estratégica involucraría extender las transformaciones, creando nuevos sitios para el desarrollo desde abajo en tantos países como sea posible para crear una alternativa sistémica. Antes de la transformación sistémica, la cooperación podría asumir una variedad de actividades nacionales y sectoriales que crearían políticas económicas y exteriores “paralelas” a la política oficial del gobierno. El secreto para la cooperación internacional está en reconocer que el elemento clave es relacionarse con los movimientos político-económicos transformadores. Esto significa rechazar la cooperación en la forma de pequeños proyectos diseñados por donadores externos que se adaptan a la macroeconomía liberal. La cooperación positiva no significa rechazar reformas o proyectos *per se*. Sí significa que la cooperación internacional debe financiar “proyectos” y apoyar “reformas” que estén organizadas y dirigidas por los movimientos populares con el objeto de lograr apoyo masivo para transformar la macroeconomía política.

Un ejemplo de cooperación positiva, para responder a las aspiraciones populares de justicia, sería el de los fondos para cooperativas desarrollado por

el movimiento brasileño de trabajadores rurales sin tierra (MST). Las cooperativas son productos de un movimiento democrático de jornaleros sin tierras que han ocupado grandes propiedades, resistido la represión del Estado y paramilitar, y comenzado a producir para alimentar a sus familias y comercializar en los mercados de los pueblos adyacentes. La cooperación internacional que consulta a los líderes de la cooperativa acerca de las prioridades de los productores se resiste a “imponer” condiciones (políticas-económicas-sociales) y aporta la ayuda financiera apropiada o solicitada para la asistencia técnica en proyectos específicos; éste podría ser un ejemplo de “cooperación para el desarrollo del logro de la justicia”. La relación sería recíproca e igualitaria; los donadores discutirían sus posiciones desde la igualdad; la agenda la establecerían las instituciones “anfitrionas”. El donador evaluaría la factibilidad de financiar y realizar el proyecto. El movimiento y cooperativa discutiría y presentaría un plan físico y financiero realizable junto con las metas esperadas (beneficiarios). El proyecto beneficiaría inmediatamente a la cooperativa. El éxito de la cooperativa fortalecería a la organización nacional (el MST). El éxito a su vez estimularía a otros trabajadores sin tierra para unirse al movimiento y comprometerse en las ocupaciones de tierra. En efecto, la cooperación internacional serviría para responder a las necesidades económicas inmediatas a través del proyecto específico y contribuir a construir un movimiento social nacional con intenciones de transformar el sistema social.

La cooperación en este ejemplo se da claramente entre dos grupos que comparten un conjunto común de valores e intereses; tienen una idea común de lo que implican el “desarrollo” y la “justicia”. Quizá ocurran malentendidos, incluso choques personales, pero éstos no son contradicciones estructurales como las que ocurren cuando los Estados y las corporaciones multinacionales hablan de cooperación.

El desarrollo de una ideología que identifique las causas principales de conflicto, subdesarrollo e injusticia es un requisito para la creación de un ambiente de cooperación y de comprensión común del desarrollo y la justicia.

En el mundo actual, imponer la cooperación entre estados desiguales, donde los países imperiales y las corporaciones intervienen y condicionan la ayuda a la maximización de la explotación, equivale a convertirse en un cómplice de la injusticia. El marxismo aplicado creativamente a las condiciones contemporáneas nos da las herramientas conceptuales para entender la concentración y centralización del poder y el capital, la creciente polarización social entre clases y las relaciones sociales y de propiedad explotadoras que influyen la política estatal para beneficiar a los ricos a expensas de los pobres en una escala global.

Mientras que el marxismo proporciona algunas ideas generales acerca de la cooperación, el desarrollo y la justicia, no proporciona un cartabón. Las prácticas concretas de los movimientos y las luchas nos dan modelos y ejemplos de cooperación; los científicos sociales críticos contemporáneos y los teóricos-activistas están elaborando medidas de índices de calidad de vida; los temas de justicia y ética se discuten conjuntamente entre marxistas, teólogos radicales y demócratas que miden el progreso de los seres humanos no simplemente en términos de bienes materiales, por importantes que sean, sino también en términos de incrementar nuestra habilidad de amar, cuidar de los demás y compartir una vida en común, en la que la individualidad, la creatividad y la privacidad sean compatibles con una vida comunitaria.

